

COMENTARIOS

Un Ministro y un poeta

Por una curiosa travesura de la suerte—que nos proponemos hacer notar—las tierras australes se imponen hoy a la atención pública, por circunstancias que parecen extrañas entre sí y que, acaso, no lo son: porque las finanzas nacionales, sangrantes y a medio agonizar, han sido confiadas a la pericia de un hijo de Llarquihue, don Lantaro Rosas, y porque un poeta re-

clio, de inspiración sana, dominador de la técnica y de sensibilidad esquisita, don Samuel A. Lillo Figueroa, acaba de dar a la estampa un volumen de poemas titulado «Bajo la Cruz del Sur» que evoca paisajes e impresiones sureñas y principalmente, del escenario de la región chilena de los volcanes.

I

El Ministro

Don Lantaro Rosas Andrade, nacido en Osorno, educado en Puerto Montt y con vinculaciones familiares en Chiloé; dedicado más tarde a la vida oceánica, alcanzando en la Marina de Guerra hasta el grado de Capitán de Fragata; y consagrado a los negocios en Valparaíso, después de su retiro del servicio naval, no llega al Gobierno en alas de la política, sino resignado, constreñido por los deberes que el civismo impone, y en nombre de una misión de bien público que exige, a la vez, laboriosidad, inteligencia y espíritu de sacrificio; porque según lo ha dicho él mismo: «los Ministros de Hacienda, en estos instantes, no pueden ser populares».

Rosas es, antes que nada, un hijo de la región austral, que ha empapado sus primeras impresiones infantiles en esa naturaleza bravia, hermosa y trágica, a la par; pero que el esfuerzo humano domaba y fecundiza, por lo cual posee un tesoro que en la carrera del mar se acrecienta: la acción.

Cuando las instituciones tradicionales han naufragado; cuando se han hecho trizas tantos prestigios que parecían invulnerables; cuando los profesionales de la política que no han perecido totalmente, abrumados por el fracaso, vacilan; cuando los gobernantes no están ciertos de tener la facultad del mando y temen ser esclavos de la fuerza, víctimas de energías que no obedecen a los móviles que la justifican; cuando las masas pierden la cohesión, se anarquizan y se abandonan al desajuste, perdida la confianza

que antes tuvieron en sus conductores: la salud pública exige poderosos estimulantes; inyecciones saturadas de optimismo; transfusión de sangre joven, fresca, vigorosa, nueva; medicaciones capaces de levantar el ánimo, primero; de tonificar, luego, a la nación doliente, y de hacer posible, enseguida, cualquier tratamiento enérgico, hasta la operación quirúrgica, si es preciso.

El actual Ministro de Hacienda lleva al gobierno esos elementos vivificantes y, desde el primer paso, en su nuevo cargo, se ha manifestado a la altura de la situación, y no porque se limite a ponerse a tono con sus predecesores, sino porque con una simpática espontaneidad, que es el principal atributo del talento, ha encontrado cada vez la nota justa, impuesta por la realidad bien observada y ha logrado establecer que, para mostrar carácter, no es indispensable ostentar mal genio; que la energía de la voluntad no se exterioriza con gruñidos y se concilia muy bien con los modales plenos de urbanidad y cortesía que son propios del caballero de verdad.

Para algunos, el nombre de Rosas, con s en vez de z de Martínez de Rozas, resultaba un enigma; pero pronto se ha caído en la cuenta de que el argentino perseguidor de los unitarios, también escribía su nombre con s, lo que no obsta para que perteneciera a la misma familia que el asesor del Brigadier Carrasco, uno de los más destacados de los Padres de nuestra Independencia. Mas, el asunto onomástico, aunque para muchos tenga importancia en esta aristocrática República no era el más grave para el caso: ¿tendría un ex-marino condiciones para orientarse entre números que no se refirieran a coordenadas geográficas? La respuesta afirmativa se ha impuesto, al saberse qué labor había realizado en los negocios ese Capitán de Fragata al retirarse del servicio naval.

Los presupuestos se han estudiado bajo su autoridad, se han tomado las medidas adecuadas para salir al déficit de arrastre y se ha realizado una complicada operación que se denomina conversión de deudas externas y en que juegan muchos millones. El marino ha pasado a todo vapor en medio de una noche oscura, con neblina cerrada, a través de todos estos

arrecifes... y permanece a flote.

No era, en verdad, sólo un ex-marino, el que llegaba al puente de mando de las averiadas finanzas, surcando mar tan preñado de peligros como las deudas y el hábito del arrocho convertido en vicio incurable; sino el fundador de la «Mutual de la Armada», institución hoy millonaria y surgida de la nada; el Vice-Presidente de la Cía de Diques; el Gerente de la Cía. Carbonera de Dichato, negocio planeado para la destilación y para el aprovechamiento de sustancias que hoy se desperdician en los combustibles fósiles; el Director de la Cía. Sud-Americana, que tuvo el tino de reflotar en breve tiempo a esta Cía.; el Director de la Cía. de Gas de Valparaíso, negocio en que, ahora, por su acción, se aprovechan diversos sub-productos; el Director del Banco Hipotecario de Valparaíso, y, en suma, un hombre de claro ingenio, culto y conocedor del mundo, habituado a las cifras y a los negocios.

Pocas veces llega al manejo de la Hacienda fiscal una persona preparada tan práctica y útilmente y con menos ligamentos que lo sujeten a los intereses que malean los negocios públicos. Si este Ministro no triunfa de las dificultades que debe vencer, debemos creer que ellas son insuperables.

La última vez que le hemos visto ha sido pronunciando un hermoso discurso en la Convención de Contribuyentes. Los conceptos eran seguros; pero, en su gallardía habitual, y, en la voz, se notaba cierta fatiga muy explicable. La labor que le toca es ruda; mas, le alienta la fé que tiene en la estrella de Chile, que, esta vez, es la suya.

(Continuará)